

# El ideario positivista en la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria CXL aniversario de su fundación

## BETTY ZANOLLI FABILA

Hace 140 años, el 3 de febrero de 1868 dieron inicio las clases en la Escuela Nacional Preparatoria. En aquel momento, nuestra benemérita institución contaba con 900 alumnos, 200 de ellos internos. Su Plan de Estudios, proclamado el 24 de enero de dicho año, expresaba la puesta en marcha de la filosofía positivista dentro del marco de la educación preparatoria que partía de la enseñanza de las Matemáticas y concluía con la de la Lógica, introduciéndose entre ambas cátedras materias de ciencias naturales como Cosmografía y Filosofía, seguidas de Geografía, Química, Botánica y Zoología, además de estudios de idiomas: primero francés e italiano, luego inglés y, para los casos que marcaba la ley, alemán, ubicándose en los dos últimos años del ciclo el latín por su utilidad a la profesión que cursarían posteriormente. Hacia el tercer año se llevaba Gramática Española y, en su oportunidad, Raíces Griegas, quedando así integrado el esquema básico de los estudios que contemplaba el Plan inicial que alcanzaba el número de 32 a 33 materias distribuidas en seis años. Sin embargo, el hombre a quien se debió este nuevo rumbo para la educación media superior en México fue Gabino Barreda quien, educado dentro de la escuela francesa de Augusto Comte en París, introdujo en la norma sancionada y en el marco educativo de México la filosofía positivista.

Ya en el siglo XVIII la historia el momento había atestiguado que las ciencias y la humanidad hubieran iniciado su incurción hacia otros derroteros. El hombre no era más un ser pasivo: permanentemente se autoreformulaba como ser pensante que concibe la posibilidad de actuar sobre de sí y sobre del

mundo que le rodeaba. El mundo jerárquico del Antiguo Régimen había de dar paso al reino de la razón. Fue así como uno de los primeros logros fue la Revolución Francesa de 1789 al establecer la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres. El interés por lo social encaminaba a los pensadores hacia nuevos conceptos, nuevas rutas a seguir para lograr el desarrollo: evolución, progreso, orden, civilización, ciencia, pronto se convirtieron en las nuevas divisas.

La meta no fue ya luchar con las armas –como los revolucionarios franceses del 89–, sino llegar al equilibrio social por otro camino, en la medida en que la gran crisis política y moral de las sociedades actuales debía ser originada en la anarquía intelectual, de modo tal que sólo a través del empleo armónico del orden y del progreso sería posible lograr la unidad social. Sin embargo, para que pudieran surgir la paz y la resignación, el hombre debía comprender que nada está fuera de la acción normativa y que todo se encuentra determinado a las leyes de la Naturaleza. Sólo así la libertad sería, desde la óptica comtiana, la sumisión racional a las leyes naturales.

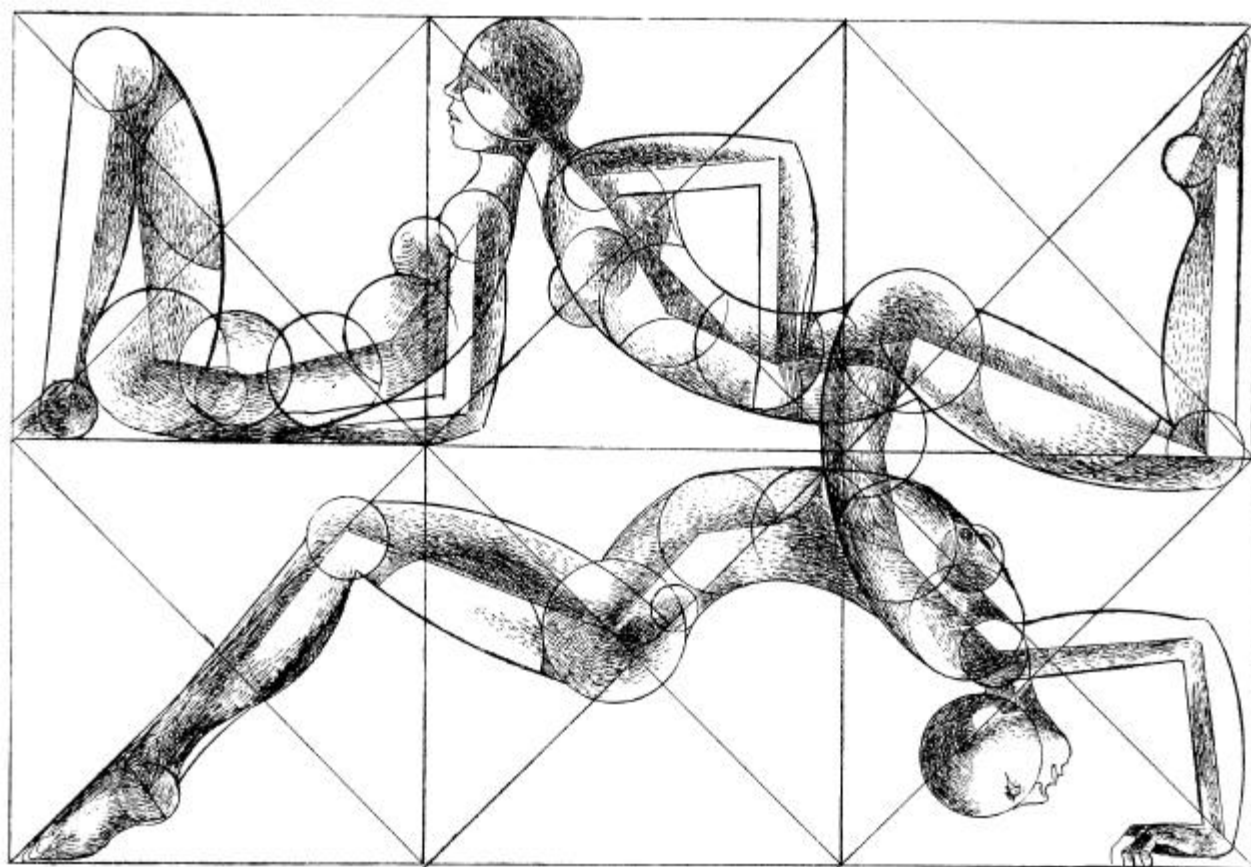
Al mismo tiempo, si bien de la filosofía positivista era partir del conocimiento de “lo dado” (positum) en la experiencia, tres características le definían: su naturalidad, positivismo y explicitéz. Es decir, el hombre progresa siempre y cuando sus acciones sigan un orden, una línea que no atente en contra de las instituciones y que, a través del orden intelectual, al cohesionar a la sociedad logre implantar un nuevo orden social bajo una autoridad moral, lo que permitiría contribuir a la unión de lo político con lo social y lo religioso. Por otra parte, el espíritu humano para progresar, según el pensamiento comtiano, sigue consecutivamente la “ley de los tres estados”: teológico, metafísico y positivo. Por cuanto a su método, es éste el principal instrumento de acción que, basado en el orden, es

estático y armónico, y encauzado hacia el progreso, es dinámico y en desarrollo. En cambio, si la ciencia es un todo armónicamente constituido a través de sus partes, también es en sí misma una totalidad. A partir de este precepto, Comte elabora el concepto de la “unidad de la Ciencia” por el que todas las ciencias están interconexas aún cuando entre ellas se establece un orden jerárquico, en cuya punta situó a la Sociología, por ser la más compleja y menos general conforme al tipo de fenómenos que aborda. En resumen, las acciones del pensamiento comtiano están dirigidas en contra de: lo “metafísico”, lo “especulativo”, lo “revolucionario” y a favor de lo “real” y lo “comprobable” para alcanzar una visión totalizadora del progreso social y científico.

Imbuído de esta corriente ideológica, el grupo juarista y especialmente Barreda no dudaron en aplicar directamente los postulados del positivismo en la reforma educativa proyectada, lo que pronto redundó en repercusiones en todos los órdenes de la sociedad durante el régimen porfirista, la época de su mayor auge. Fue así como durante los primeros años posterior-

es a 1860 México vivió inmerso en una realidad crítica: cincuenta años de lucha constante después de tres siglos de opresión colonial habían desgastado a tal grado al país que, víctima todavía de intervenciones extranjeras, sólo en el año de 1867 podría haber presentado la llegada de un régimen diferente. De tal modo, Benito Juárez por primera vez propició que el pueblo mexicano optara por un gobierno de libertad y democracia bajo la institución de la República.

Con el régimen posterior a la Reforma Liberal, el denominado por la historia como de la República Restaurada, el positivismo inspiró –como se ha referido– la Ley Orgánica de Instrucción Pública; documento que plasmó los principales anhelos para las generaciones futuras de hombres educados en una instrucción “científica”, en la que se cifraba la esperanza de que la nación se encauzara en lo sucesivo por medio de la razón. Educación primaria gratuita y obligatoria, instrucción laica, libertad de cátedra y propagación de las ciencias naturales, serían algunas de sus características. Producto de ella fue la gestación de diversas escuelas: el Conservatorio Nacional de



Guillermo Ceniceros

Música, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la Escuela de Altos Estudios, la Escuela Nacional de Maestros, el Observatorio Nacional, el Jardín y la Biblioteca Nacionales, todos ellos hoy de una gran tradición. Sin embargo, el principal logro del movimiento reformista liberal mexicano fue la creación de la Escuela Nacional Preparatoria.

La educación pública era una cuestión de primer orden, lo que corroboró Barreda cuando en los festejos del 15 de septiembre de 1867 pronunció su famosa Oración Cívica en la que demostró que el futuro no podría ser empuñado por la vía armada, según rezaba el pensamiento de Comte. El “espíritu positivo” debía estar en contra de las fuerzas inferiores enemigas del progreso. En dicho discurso agregaba además un nuevo concepto, la libertad. “Conciudadanos: que en adelante sea nuestra divisa: LIBERTAD, ORDEN Y PROGRESO; la libertad como MEDIO; el orden como BASE y el progreso como FIN”. No había duda, ante esas palabras no quedaba incertidumbre alguna de que Barreda era, para su momento, el hombre idóneo para reformar, por lo mismo, la educación mexicana. El 17 de diciembre del mismo año –quince días después de promulgado el reglamento que comúnmente se llegó a llamar “Ley Barreda”– Juárez nombraba como primer director de la Escuela Nacional Preparatoria al doctor Barreda.

El proyecto preparatorio era de amplio alcance, en extremo ambicioso y avanzado para su momento y, de alguna manera, dos eran sus principales objetivos a cumplir: preparar al alumno para entrar a la Escuela Profesional y elaborar un plan de estudios que procediera de lo abstracto en absoluto a lo concreto en absoluto. Para Barreda el concepto de “preparatorio” no buscaba formar especialistas ni eruditos, sino comunicar a los educandos tan sólo nociones elementales de los diferentes cursos al tiempo que impulsaba una incipiente orientación vocacional que abría al estudiante nuevas perspectivas de desarrollo.

Finalmente, el hombre, ser pensante que es a la vez cuerpo y espíritu, no podría dejar de ser contemplado en ambas facetas por el positivismo preparatorio. Además de la ciencia, también fue el arte tomado en cuenta. Barreda partía de un hecho: la Ciencia y las Bellas Artes, la Ciencia y la Estética han permanecido por mucho tiempo divorciadas. La primera al

creerse “superior”, no ha querido “degradarse” en pedir el auxilio del Arte. Esta posición, consideraba, era y sería del todo “destruccionista” si en los avances de la inteligencia no se procuraba “el cultivo y mejoramiento del corazón”. Más aún, el corazón debía ser quien mandara y la inteligencia la que le obedeciera, de forma tal que el orden en la acción fuera “Pensar para obrar y obrar por afecto”.

Un divorcio entre ciencia y arte era algo ininteligible, en cambio por lo que se debía luchar era por “la indispensable fraternidad entre la Ciencia y la Estética”. Sólo así podría verificarse el verdadero progreso, a través de la continua aproximación a un ideal, al que el arte se propone sensibilizar “para hacer su atractivo eficaz”. Por ello el pintor Juan Cordero sentenció: “Esta glorificación del arte hecha por la ciencia en su propio templo,... esta noble subordinación voluntaria de la ciencia al amor, es un inmenso progreso moral de que nuestra Escuela da hoy el primer ejemplo. ORDEN Y PROGRESO hemos tomado por divisa, orden y progreso habrá siempre en nuestros actos. ¡Gloria al arte, gloria al genio!”

Muchos aspectos de los enunciados han sufrido transformaciones. Hoy nuestra visión de lo que es la educación y su filosofía han variado, pero lo que ha permanecido es la obra, cuyo germen fue sembrado hace casi siglo y medio por una generación de ilustres mexicanos visionarios. México y la UNAM son hoy en tanto son por esta obra notable que desde las aulas preparatorias se ha gestado, día a día, desde aquel lejano 3 de febrero de 1868.

Ser preparatorio es portar una divisa. Es formar parte de la propia y más honda esencia y mística universitarias. Es sentir el orgullo de ser producto de una institución educativa señera de incalculable valor y significado. Es ser portavoz de una mística, de una vocación, de una identidad, en la que ciencia y arte se fusionan. Es ser hermano en tanto miembro de una confraternidad. Es aprender a ser uno, en la medida en que ser hombre se convierte en sinónimo de ser universal. Así me lo transmitieron primero mis padres –maestros preparatorios ambos– desde que nací, así lo refrendé a través de mis respetivos mentores cuando me formé como preparatoria en las aulas de nuestra ilustre y hoy homenajeadas Escuela Nacional Preparatoria. ■